

LARA SMIRNOV

QUIERO UNA BODA A LO  
MAMMA MIA



*Quiero una boda  
a lo Mamma Mia*

Lara Smirnov

Esencia/Planeta

© Lara Smirnov, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.esenciaeditorial.com](http://www.esenciaeditorial.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© Imagen de la cubierta: Galina Tcivina - Shutterstock y AF archive /  
Alamy Stock Photo /ACI

© Fotografía de la autora: archivo de la autora

Primera edición: enero de 2017

ISBN: 978-84-08-16324-4

Depósito legal: B. 24.953-2016

Composición: David Pablo

Impresión y encuadernación: Gráficas Estella, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción.

Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



*Barcelona, septiembre de 2015*

—¡Ven, mamá, sube! —gritó Benito, arrastrándola escaleras arriba—. Hay literas. ¡Es la caña!

Marta León, divorciada en paro y madre de dos perlas cultivadas, estaba superada por los acontecimientos. Cuando aún no se había hecho a la idea de que su matrimonio había acabado, había perdido el empleo y luego había tenido que marcharse del piso. Parecía como si alguien hubiera sacudido la alfombra de la vida bajo sus pies y todo se hubiera venido abajo. Menos mal que los niños lo vivían todo como si fuera un juego.

Por suerte, las cosas comenzaban a mejorar. Había conseguido trabajo en un consultorio médico; empezaba al día siguiente y, aunque estaría quince días a prueba, se esforzaría porque todo saliera bien. Además, Allegra, su hermana menor, le había encontrado una maravilla de piso en tiempo récord. Allegra tenía sus cosas, pero siempre conocía al amigo de un amigo que te sacaba de un apuro.

—¡Me pido ésta! —exclamó Arturo, su hijo mayor, desde lo alto de una de las literas de lo que parecía ser un refugio de montaña en pleno centro de Barcelona.

—Pero ¿esto qué es? —musitó Marta, mirando a su alrededor.

Lo que su hermana le había descrito esa misma tarde como «Un piso luminoso y totalmente reformado con tres habitacio-

nes, cocina-office, baño completo y preciosas vistas sobre la calle Muntaner» era, en realidad, una buhardilla con vistas al cielo, ya que las únicas ventanas eran unas claraboyas en el techo. En vez de armarios había ¡taquillas! de las que se cerraban con una moneda, y en una esquina se veía una especie de mostrador con un microondas y una cafetera eléctrica.

Sabía que Allegra se dejaba arrastrar por el entusiasmo en ocasiones, pero describir ese submarino cutre como «¡Un piso supercoqueto, nena, no puedes dejarlo escapar! Es el sueño de cualquier revista de decoración. Si no lo pillas ahora mismo, el próximo que venga te lo va a quitar» le parecía pasarse tres pueblos y alguna que otra aldea.

—¿Has visto, mamá? —preguntó Arturo, haciendo que Marta se olvidara por un momento de las ganas de hacerle tragar a su hermana algún número especial de la revista *Casa Viva*; uno sobre cactus, por ejemplo—. Hay seis camas a cada lado. Y son literas. Es decir, que podemos dormir...

—¡Doce! —gritó Benito—. ¡Hala, qué pasada! ¿Podré invitar a mis amigos, mami?

—No, idiota, hay veinticuatro camas.

—Arturo, no llames *idiota* a tu hermano.

—Pues que aprenda a multiplicar.

—¡Multiplícate tú por cero! —se defendió Benito, orgulloso de usar la frase que le había enseñado la tita Allegra para esos casos, y le sacó la lengua a su hermano.

—¡Me pido ésta! —exclamó Arturo desde lo alto de una de las literas.

—Pues yo ésta —dijo el pequeño.

A Marta le hizo gracia que Benito eligiera dormir debajo de su hermano, pudiendo elegir entre un montón de literas superiores. Cuando estaban en su antiguo piso, siempre protestaba

porque quería dormir arriba como Arturo. Al parecer, ella no era la única a la que le estaba costando asimilar tantos cambios. Mientras Marta miraba a su alrededor tratando de imaginarse cómo iba a vivir allí con sus hijos, el pequeño se dirigió a una puerta que quedaba en una esquina y la abrió con decisión.

—¡Es el baño! —exclamó—. Cómo mola, tiene ducha.

Marta se acercó a ver, pero no fue capaz de compartir el entusiasmo de su hijo. Era un espacio pequeño, donde no cabían los tres al mismo tiempo.

Benito abrió entonces el grifo de la ducha sin pensarlo y el agua empezó a salir disparada de la alcachofa, que se había convertido en una especie de serpiente con vida propia. Salía con tanta presión que la serpiente bailaba como un turista pasado de sangría en un pueblo de costa. Marta trató de atraparla, pero sólo consiguió empaparse. Cuando el flexo se separó del grifo, el agua comenzó a salir directamente de la pared en todas direcciones.

—¡Baja, Artu! ¡Fiesta del agua!

—¡Ni se te ocurra bajar, Artu! —Marta no estaba para fiestas. Estaba tratando de localizar la llave de paso para cerrarla—. ¡Quédate donde estás, y tú ve con él, Beni!

Marta entró en el diminuto lavabo y localizó la llave en lo alto de la pared. Con su metro sesenta de altura, necesitaba una escalera o un taburete al menos para alcanzarla. Salió a la habitación de las literas, dejando un rastro de agua a su paso, y la recorrió de arriba abajo, buscando algo a lo que subirse, pero no encontró nada.

—¡No hay ni una silla ni un taburete! —murmuró apartándose los rizos mojados de la cara—. La mato... Cuando pille a Allegra, la mato.

—Mami, se está formando un mar en el suelo. ¿Podré jugar con mi barco?

Ella volvió corriendo al baño y se llevó las manos a la cabeza.

«Piensa, Marta, piensa.»

—Artu, baja, corre. ¡Te necesito!

Arturo bajó deslizándose como un mono por la barra de la litera y se acercó feliz a ayudarla. Antes de marcharse a Australia, su padre se había acuclillado ante él, lo había agarrado por los hombros y, mirándolo fijamente, le había dicho: «Ahora tú eres el hombre de la casa, Arthur. Cuida de tu madre». Él se lo había prometido, pero Marta no solía dejarse ayudar. Le gustaba hacer las cosas a su manera y odiaba pedir ayuda. Ahora, por fin podía cumplir su promesa.

—¿Qué hago?

—Acércate a la pared. ¿Ves ese grifo? Yo te alzaré y tú lo cierras.

Marta levantó a su hijo de diez años en volandas y él hizo lo que le había pedido. Cuando al fin el agua dejó de salir, lo dejó de nuevo en el suelo, le acarició el pelo mojado y lo abrazó.

—Gracias, Arti. ¿Qué haría sin ti?

El niño, hinchado como un pavo, salió del baño y subió con agilidad a la litera.

—Deja espacio, lagartija, que soy el hombre de la casa.

Marta fue hasta donde había dejado las bolsas, revolió el contenido con impaciencia y sacó dos pijamas y una toalla.

Al volver y ver a los dos pequeños aferrados a la barandilla de la litera mirándola expectantes como si fueran dos ardillas, sonrió. Para ellos todo era una aventura, pero sin duda también estaban inquietos. Más le valía secarlos y tratar de calmarlos un poco o esa noche no habría quien durmiera.

—Venga, chicos, vamos a prepararnos para dormir, que mañana empieza el cole.

—¡Ya iré al cole de los mayores, como tú! ¡Ya no podrás llamarme *canijo*, ni *pequeñajo*, ni *hormiga*!

—Siempre serás el canijo de esta casa; asúmelo, pitufo.

—¡Mamá! Me ha llamado *pitufo*.

—Bueno, dile que, cuando seáis mayores, a él le dolerán las rodillas y tú aún serás joven.

—¿Te gustaría seguir siendo joven como la tita Allegra, mamá? —preguntó Benito, que acababa de llamarla *decrépita* en su bendita inocencia.

Marta respiró hondo y contó mentalmente hasta cinco para no gritar de frustración.

Sí, le gustaría ser joven y despreocupada como su hermana. Le encantaría no tener que sufrir por la estabilidad de sus hijos; no tener que preocuparse por el nuevo piso, el nuevo trabajo, el nuevo curso, los nuevos libros, los nuevos profesores..., pero no era su hermana. En ese momento, sus hijos eran su vida y no serviría de nada ignorarlo.

—No, no me gustaría ser como la tita Allegra —respondió—, porque entonces no os tendría a vosotros y estaría muy triste si no pudiera daros un beso de buenas noches.

Las dos ratillas le echaron los brazos al cuello y la abrazaron. Eran muy brutos, pero a Marta no le importaba que le dieran algún cabezazo en la nariz de vez en cuando, porque sabía que le estaban demostrando su amor.

Por suerte, tenían las mochilas preparadas para el día siguiente. El nuevo piso —por llamarlo de alguna manera— quedaba a un cuarto de hora andando del colegio, así que al menos no había tenido que buscar otra escuela. Estaba harta de cambios.

Marta les secó el pelo con la toalla.



—Poneos el pijama. Esta noche no hay baño. Mañana llamaré a un fontanero. —Suspiró. Odiaba las obras—. Si os dais prisa, os leo un cuento. —Mientras los niños se ponían el pijama a toda prisa, regando el suelo con la ropa sucia, añadió en un susurro—: Y luego llamaré a la tita Allegra para decirle un par de cosas.

Arturo, que tenía el oído muy fino, replicó:

—No la encontrarás. Ya verás, mira su Instagram.

Marta había recogido la ropa sucia y la estaba usando para secar el suelo del baño y de la habitación, ya que, por supuesto, tampoco había rastro de fregona por ninguna parte.

—Para Instagrams estoy yo —refunfuñó.

Arturo se encogió de hombros al tiempo que Benito iba a buscar en su cartera el cuento que tenían a medio leer.

Marta los hizo bajar a la litera donde dormiría Benito, dando gracias al cielo al ver que las camas estaban hechas.

Tras leerles un cuento sobre un pequeño monstruo del lago Ness que salía del agua porque se sentía solo y debía enfrentarse al rechazo de los que le tenían miedo, Arturo volvió a subir a su cama mientras Marta le daba mil besos a Benito. El pequeño, que era muy cariñoso, se resistía a soltarla. Cuando al fin lo hizo, su madre subió un pie a la litera y se alzó hasta alcanzar la cara de su hombrecito, el brillante Arturo.

—Que descanséis. Por hoy ya hemos tenido bastantes aventuras. Mañana más.

—Buenas noches, mamá.

—Buenas noches, mami.

Marta se encerró en el baño para poder hablar con su hermana con un poco de intimidad. Era eso o salir a la escalera, pero era demasiado empinada. Ya sólo le faltaba romperse una pierna para que el día fuera completo.

Allegra no le respondió ni al teléfono ni a los whatsapps. Al recordar el comentario de Arturo sobre Instagram, abrió la aplicación y buscó a su hermana. Efectivamente, el selfi ante el escenario del Estadio Olímpico no dejaba lugar a dudas. Y si le quedaba alguna, para eso estaban los *hashtags*: #MuseOnTour, #LosMejores, #NoEstoyParaNadie.

Marta suspiró. Tendría que esperar al día siguiente para pedirle explicaciones. Lo mejor sería tratar de dormir, aunque estaba tan nerviosa y pasada de vueltas que le iba a costar. Llevaba demasiado tiempo sin sexo. No recordaba muy bien cuánto porque no llevaba la cuenta, pero lo que sí sabía era que, como pillara a David Gandy, a Stanley Weber o a Nikolaj Coster-Waldau, el actor de esa serie de los tronos que tanto le gustaba a su hermana, les hacía un destrozo. O dos. Tenía demasiada hambre atrasada y sabía que debería ponerle remedio, pero, tal como estaban las cosas, ni un apaño podía hacerse. Volviendo a suspirar, salió del baño. Se puso la camiseta amplia con la que dormía últimamente y se tumbó en otra litera, junto a Benito.

«Stanley, es tu noche de suerte. Ven a mis sueños, que te voy a demostrar que eso de que para hacer bien el amor hay que venir al sur no es una leyenda urbana.»